

LA CAPITAL Y LAS PROVINCIAS

Por Gabriel Juliá Andrés

Para el hombre de la capital, para el español que vive en una gran ciudad, el provinciano es un ser sujeto a grandes privaciones y desventuras.

Se le acoge con una benignidad compasiva, con un leve gesto de piedad.

En la barra de cualquier bar toman su apéndice algunos de estos privilegiados cuya vida transcurre alrededor de las grandes avenidas de la villa y corri. Sentados en los divanes de un café departen con elegante decorado contertulios habituales. Son comerciantes, burocratas o funcionarios a los que la fortuna ha deparado la suerte de residir en Madrid o en Barcelona. Resplandece en sus rostros una inequívoca seguridad. Disfrutan de un complejo de superioridad, mucho más peligroso que el complejo de inferioridad que pueda sufrir un labrador de La Mancha o un pastor de la Alcarria, con sus trajes apañadillos de domingo provincianos, al codearse con auténticos y verdaderos ciudadanos en el "hall" lujoso de un gran hotel.

Y entonces comparece el provinciano.

Ha venido a Madrid para despachar asuntos en parlamento oficial o simplemente a ultimar una gestión o a concluir un negocio. Tiene algunos minutos libres antes de sentarse a almorzar en la mesa de la pensión donde se aloja. Y llena su breve espacio de tiempo vacío de tareas allí donde los ciudadanos matan el rato. El tema el tiempo que los otros matan.

Y estos otros, los del aperitivo o los de la tertulia, le reciben con las exclamaciones de asombro habitual y consagrado: ¡Quien tenía que suponerlo en Madrid! ¡Por fin se ha decidido a dejar la villa o pueblo donde quema su vida en un fuego mediocre! ¡Está un mucho tiempo en este paraíso de la ciudad! ¡Como discurren sus tareas o su profesión en el purgatorio de su pueblo o en el limbo de su pequeña capital provinciana!

Se le golpea la espalda con la felicidad cordialidad del médico que despide a un cliente después de una consulta en la que ha llegado a la feliz conclusión de que el visitante no tiene cáncer o tuberculosis, sino un inofensivo divieso o un vulgar catarro. Se le invita a tomar una cerveza o a beber un medio combinado.

Acto seguido, después de interesarse por la familia que ha dejado allí, lejos, en la terrible provincia, el complejo de superioridad estalla victorioso como un cohete multicolor y brillante: ¡Cuanto va a decidirse a la medida regeneradora, abandonando su pueblo o villa o lugar para anclar definitivamente en el puerto seguro y soleado de la ciudad del oso y del madroño!

El provinciano calla y piensa. Piensa, con su buen sentido de Juan Español, que no hay para tanto, que es mucho mayor el ruido que las nueces y que—aparte los cines lujosos, los teatros de estruendo y los tubos de neón en las calles—su vida en el pueblo, villa o lugar no carece en absoluto de encanto.

Piensa en la belleza del hogar, en estos atardeceres en que se presenta ya el frío del invierno. En lo gustoso de un libro leído con pausa y provecho entre el silencio sagrado de una habitación a la que no llegan los ruidos callejeros de los taxis, autobuses y tranvías. Piensa en su paseo por los campos cercanos a la población en las tardes de los días festivos.

El campo en octubre es de una belleza serena y casi divina. Poco saben de ello los hombres de la gran ciudad, que lo conocen tan sólo por su experiencia de la vacación estival. Y durante el estío el campo es menos hermoso, casi diría menos estético, que en otoño o en invierno.

El provinciano ha sabido de su casa para según frase consagrada, extraer de las piedras, ha cruzado las calles quietas y humildes, a su paso ve los balcones con macetas colgadas de flores y a veces, detrás del balcón, el rampagueo de unos ojos que le miran a través de los cristales. Podría advertir el rostro que atriba por entre los visillos. Conoce a los vecinos del lugar. Y como no hay suburbios, al coblar la última casa del pueblo asoma ya, contiguo, inmediato, sin solares sucios y orientales, sin barracones innobles y miserios, a majestad de la tierra sin asfalto ni adoquines.

Es un paseo rural que se interpone entre las casas y el cercano o lejano monte o los próximos sembrados y huertas. Muchas veces el paseo es el borde de un río. Las aguas se verdiazules y reflejan las hojas doradas de los chopos.

Las aguas corten masas, con un suave murmullo, y más arriba, en las copas de los árboles ribereños, el plar desahogado de los gorriones compone una fuga musical inextinguible.

A la misma hora en que en Madrid la gente se amontonaba en la entrada de los espectáculos, bajo los tubos fluorescentes que iluminan los cartelones de alguna película, con galanes engañados y estrellas de cinefollía, en el cielo provinciano se resplandece, con su luz pura y tímida, el primer lucero que se levanta en la bóveda violeta del firmamento.

Esta estrella aparejada que marca el principio de la noche, palpitará encendida hasta que llegue el amanecer. Da una pauta a todas las horas nocturnas, destilata a la pauta que señalan las luces eléctricas alineadas en las calles cledoradas.

A veces, las noches en las ciudades pequeñas, en las humillones capitales de provincia, tienen un excepcional aire de gala que un hombre de gran ciudad—jamás podrá gustar hasta vivir en ellas.

Recuerdo varias de estas noches mágicas. Recuerdo la bella de Santander resplandeciente de claro lunar, en la que tuve la impresión sobrecedora de esta tan fuerte unidad de la ancha Castilla, labradora y marinera, eje abredador del que gira la española España. Recuerdo el barrio viejo de Cáceres, que recorri a las horas, bajo un dosel de oscuro azul tachonado de coquecibiones, pisando reverentemente las antiguas piedras de callejones sumergidos en silencio, jaltonados de casonas de conquistadores y señores de noble linaje: Don Juan Cano de Saavedra, con pañero de Hernán cortés, casado con una hija de Nocetezuma; don Juan de Ovasado, labrador con su Coligó del primer intento de reconquista de las Leyes de Indias; don Francisco Godoy, lugarteniente de Pizarro en la conquista del Perú... Y recuerdo mi última noche mágica provinciana, vivida hace breves días, en la muy noble y leal Segovia, deambulando aboroto por la calle de Juan Bravo hasta la plaza del Aceroquejo, cruzada por la ribera imponente del Acueducto romano, con una inmensa muchedumbre de ex combatientes, entre los cuales yérase jactar sobre el pecho de algunos una laureada, sobre la manga de otros una palma o plata y en todos la alegría de saberse juntos en paz con antes en guerra, de presentir en sus abmas la cita con su Capita y Caudillo dentro de breves horas, en el Alto de los Llanos, donde otros camaradas agrupándose alrededor de logrotos encendidos entre la niebla y el frío, enardecidos de recordos y de fe.

No. La vida en provincias no es triste ni amarga. Tal vez allí donde se oye palpar más distinto y claro el cierto coranto de la Patria. (Publicado en "ARRIBA" el 31 de octubre de 1933)

